

Con la partida de Sanderson disminuyó la importancia de los curiosos incidentes, pues los estados de ánimo que los habían producido desaparecieron. Poco después, la señora Bittacy llegó a considerarlos como un descabellado montaje que, en buena medida, se había gestado en su propia mente. No le chocó lo repentino de este cambio, pues se produjo de forma bastante natural. Por un lado su esposo nunca hablaba del asunto y, por otro, ella recordaba cuántas cosas que en su día le parecieron inexplicables y singulares resultaron luego ser bastante comunes.

En su mayor parte lo atribuyó, sin que le cupiese duda, a la presencia del artista y a su extravagante y sugerente discurso. Con su bienvenida partida, el mundo volvió a ser de nuevo interpretable y seguro. El episodio febril, aun siendo tan corto como de costumbre, no le permitió al señor Bittacy despedirse personalmente de él, y su esposa le transmitió a su invitado sus disculpas y su saludo de despedida. Por la mañana el señor Sanderson, con su sombrero y sus guantes, se le antojó bastante ordinario y, al verlo marchar, incluso le resulto manso e inofensivo.

—Bien mirado —pensó mientras veía alejarse el coche de ponis que lo llevaba— ¡no es más que un artista! —su pobre imaginación no se atrevió a revelarle qué se había figurado que podría ser si no. Aquel bandazo de sus sentimientos fue saludable y refrescante. Incluso se avergonzó de su comportamiento. Le dedicó una sonrisa —tan genuina como el

alivio que sentía— cuando él se inclinó sobre su mano y la besó, pero ni siquiera sugirió la posibilidad de una segunda visita; y su marido, advirtió con gran satisfacción, tampoco dijo nada al respecto.

El pequeño hogar recuperó la soñolienta rutina a la que estaba acostumbrado. Rara vez se mencionó el nombre de Arthur Sanderson. Tampoco ella le habló a su marido de su episodio de sonambulismo ni de las extravagantes palabras pronunciadas en ese estado... Aunque desalojarlo de su mente le resultaba imposible. Así pues quedó profundamente enterrado en su interior, como el foco de un mal desconocido —del cual aquel incidente constituía un misterioso síntoma— que aguardaba la primera oportunidad favorable para extenderse. Ella rezaba noche y día para que eso no ocurriese: oraba para poder olvidarlo... y para que Dios librase a su esposo de todo mal.

Pues a pesar de esa aparente insensatez, que muchos habrían interpretado como debilidad, la señora Bittacy era una mujer equilibrada y con una profunda fe..., y mucho más fuerte de lo que ella pensaba. El amor que sentía por su esposo y el que le inspiraba su Dios eran, de algún modo, un mismo sentimiento: un logro solo al alcance de un alma de sencilla y sincera nobleza.

Siguió un verano de gran violencia y belleza; de belleza porque las refrescantes lluvias nocturnas prolongaron la gloria de la primavera y la extendieron a lo largo de julio, manteniendo el follaje joven y dulce; de violencia, porque los vientos que azotaron el sur de Inglaterra pusieron todo el campo en danza. Azotaron despiadadamente los bosques, haciéndolos rugir con un vozarrón titánico e inextinguible. Sus notas más profundas parecían no abandonar nunca el cielo. Los árboles cantaban y aullaban, y sus hojas, arrancadas mucho antes de su tiempo señalado, se arremolinaban como pavesas de una hoguera; no pocos, tras días de bramar

y ser zarandeados, dieron en tierra exhaustos. El cedro en el jardín perdió dos ramas que cayeron en días sucesivos, prácticamente a la misma hora: poco antes del anochecer. A menudo es en ese momento —antes de marcharse con el sol bajo el horizonte— cuando el viento se empeña con más vigor, y las dos enormes ramas quedaron tendidas sobre el césped como dos columnas abatidas, cubriendo la mitad del jardín y apuntando hacia la casa. Dejaron horribles huecos en el tronco, de modo que el Líbano parecía inacabado o medio destruido: un monstruo despojado de su encanto y esplendor de antaño. Quedó el bosque entonces más a la vista, vigilando la casa al través de la brecha de sus quebradas defensas. Así, desde las ventanas de la casa —especialmente las de la sala de estar y el dormitorio— eran visibles los calveros y las hondonadas más allá de su linde.

La sobrina y el sobrino de la señora Bittacy, que se encontraban de visita en ese momento, disfrutaron inmensamente ayudando a los jardineros a llevarse los restos. Dos días se tardó en hacer esto, pues el señor Bittacy insistió en que las ramas fueran acarreadas enteras. De ningún modo permitiría que se troceasen para ser usadas como leña. Bajo su supervisión, ambas moles fueron arrastradas hasta el borde del jardín y dispuestas sobre la línea fronteriza entre este y el bosque. Los niños, encantados con el plan, colaboraron con entusiasmo. Debían conseguir a toda costa que aquella defensa contra las incursiones del Bosque fuese infranqueable. Advirtieron la seriedad con la que su tío se lo tomaba, e incluso intuyeron algunos de sus motivos ocultos; y la visita estival que tanto temían se convirtió en la visita de sus vidas. En esta ocasión fue la tía Sophia quien les pareció fastidiosa y aburrida.

—La tía es tan vieja y tan aguafiestas —opinó Stephen.

Pero Alice, como sintiera en el silencioso desagrado de su tía algo misterioso que la alarmó, replicó:

—Creo que ella le tiene miedo al bosque. ¿Te has fijado en que nunca nos acompaña allí?

—Razón de más para hacer que este muro sea *infranquea*... todo grueso y sólido —concluyó, incapaz de manejar la palabra más larga—. Entonces nada (absolutamente nada) podrá atravesarlo, ¿no es así, tío David?

Y el señor Bittacy, despojándose de la chaqueta y trabajando en mangas de camisa, acudió resoplando a ayudarlos, arreglando las macizas ramas del cedro como un seto.

—¡Ánimo! —exclamó él— Ya sabéis que, pase lo que pase, debemos acabar antes de que oscurezca. El viento ya está rugiendo en el Bosque —y Alice, captando el significado de la frase, se hizo eco de él al instante:

—¡Stevie! —llamó ella en voz baja a su hermano— Más brío, bulto perezoso. ¿No has oído al tío David? ¡Entrará y nos atrapará antes de que hayamos terminado!

Trabajaban como troyanos, y, sentada con su labor bajo el arbusto de glicinias que trepaba por la fachada sur de la casa, la señora Bittacy los vigilaba, gritándoles de vez en cuando triviales consejos e indicaciones..., que naturalmente eran ignorados. Las más de las veces ni los oían, tan absorbidos los tenía su tarea. Le advirtió a su marido que no se acalorase demasiado, a Alice que no se enganchara el vestido, y a Stephen que no se hiciera daño en la espalda tirando. Su mente oscilaba entre el botiquín homeopático que guardaba arriba y su ansiedad por ver aquella obra acabada.

Y es que la rotura de las ramas del cedro había atizado sus temores latentes, reavivando recuerdos de la visita del señor Sanderson que habían ido enfriándose. Recordó su extraña y odiosa manera de hablar, y muchas cosas que creía desechadas asomaron sus cabezas desde esa región subconsciente en la que el olvido es imposible. Estas la miraron y asintieron. Se mostraban pletóricas de vida, sin la menor intención de dejarse apartar y enterrar para siempre.

«¡Míranos!», le susurraron, «¿acaso no te lo advertimos?» Simplemente habían estado esperando el momento oportuno para afirmar su presencia. Y esa vaga angustia anterior se apoderó de ella. La ansiedad y la inquietud regresaron, acompañadas de ese horrible encogimiento del corazón.

El incidente del cedro era en verdad muy poca cosa, fue la actitud de su marido hacia él lo que lo hacía tan significativo. Nada de particular había en lo que él dijera, hiciera o dejara de hacer que la asustase, ¡mas que injustificado resultaba ese aire de gravedad suyo! Le hacía sentir que su esposo lo consideraba trascendental, dada la gran experiencia que tenía al respecto. Comprendió entonces que tal evidencia de honda preocupación e interés había sido ocultada a su vista y conocimiento durante todo el verano... a propósito: él se la había ocultado intencionadamente. Profundamente sumida en sus honduras discurría esta corriente de pensamientos, deseos y esperanzas en los que ella no tenía cabida. ¿A dónde conducía? ¿De qué se trataba?... La caída de las ramas lo traicionó de manera desagradable y, sin duda, más de lo que él era consciente.

No dejaba de observar su rostro serio mientras trabajaba con los niños, y cuanto más lo hacía más inquietud sentía. Le disgustaba que sus sobrinos trabajaran con tanto ahínco; ellos, inconscientemente, lo apoyaban. Aquello que tanto temía que ni siquiera se atrevía a nombrar aguardaba cautelosamente.

Además, en la medida en que su mente perpleja podía lidiar con un temor tan vago e inconsistente, el colapso del cedro de algún modo lo acercaba. El hecho de que, aun inexplicado e informe, se aferrase aún a su conciencia — fuera de su alcance pero vivo y coleando— la estremeció con una sensación de temible maravilla: Tan real era su presencia, tan fascinante su poder y tan abominable su astuto ocultamiento. Entonces, superada la confusión inicial, asíó

al vuelo un pensamiento y lo observó a la luz de la razón. Encontró difícil vestirlo con palabras, pero probablemente su significado era este: El cedro estaba en sus vidas con un propósito benéfico; de modo que una especie de influencia protectora sobre su hogar —y en particular sobre su marido— se había debilitado... Su caída anunciaba alguna desgracia.

—¿A qué tanto temor a los grandes vientos? —le había preguntado él varios días antes, después de un día particularmente ventoso; y ella misma se sorprendió de la respuesta que le dio. Una de las cabezas de la hidra de sus temores asomó inconscientemente y dejó escapar la verdad:

—Porque siento que traen el Bosque con ellos —titubeó ella—. Lo que sea que extraigan de los árboles lo meten... en nuestra casa..., en nuestra mente.

Él la miró fijamente durante un momento.

—Debe de ser por eso que los amo tanto —contestó él—. Acarrear las almas de los árboles por el cielo como si fueran nubes.

La conversación cesó. Nunca antes lo había oído hablar de esa manera.

En cierta ocasión en que él la persuadió para que lo acompañara a uno de los calveros más próximos, ella le preguntó por qué llevaba consigo el hacha de mano y para qué lo quería.

—Para cortar la hiedra que se aferra a los troncos de los árboles y los ahoga —respondió.

—¿Y no pueden los guardabosques hacer eso? —preguntó ella—. ¿Para eso se les paga, no es así?

A continuación, le explicó que la hiedra era un parásito del que los árboles no sabían cómo defenderse, y que los guardabosques eran descuidados y no se esmeraban; daban un tajo aquí, otro por allá y dejaban que el árbol hiciera el resto por sí solo.

—Además, me gusta hacerlo por ellos. Me encanta ayudarlos y protegerlos —añadió conforme avanzaban, con el follaje susurrando sobre sus suaves palabras.

Y estas digresiones, al igual que su actitud hacia el cedro mutilado, traicionaron este cambio insólito y sutil que iba operándose en su personalidad; este se había ido verificando progresivamente durante todo el verano.

Y seguía creciendo día a día..., igual que un árbol —la ocurrencia la sobresaltó horriblemente—, aunque su manifestación externa lo hacía tan levemente que casi resultaba imperceptible; sin embargo, la mar en creciente era irresistible y profunda. La transformación comprendía todo su ser: afectaba a su mente y a sus acciones, a veces incluso se asomaba a su rostro y la asustaba. La vida de su esposo se hallaba inextricablemente unida a los árboles y a todo lo que estos significaban. Sus intereses y los de los árboles se confundían cada vez más, a la par que su actividad se combinaba con la de ellos; y así sus pensamientos y sentimientos, sus objetivos, esperanzas y deseos, su mismo destino...

¡Su destino! La densa sombra de un vasto y vago terror entenebrece su alma al pensar en ello. Algo en el interior de su corazón, algo que temía infinitamente más que a la muerte —pues esta para ella no era más que una dulce traslación del alma— iba confundiendo gradualmente la imagen mental de su marido con la de los árboles, en particular con los del bosque cercano. A veces, antes de que pudiera desechar esta idea, combatirla o rezar para acallarla, se descubría pensando en su esposo como en otro aspecto más del Bosque, ambos íntimamente vinculados, cada uno parte y complemento del otro..., formando un solo ser.

La idea era demasiado vaga para enfrentarse a ella cara a cara. Su misma esencia se disolvía en el instante en que la enfocaba para inquirir la verdad subyacente. Era por demás elusiva y mudable. Sometida a la presión de un minuto de

concentración, su posible significado se desdibujaba..., se desvanecía. La idea, realmente, se escondía tras de cualquier palabra que ella pudiera encontrar, situándose más allá del alcance de cualquier imagen concreta. Su mente era incapaz de asirla. Mas, mientras se desvanecía, el rastro de su acercamiento y desaparición brillaba mortecinamente en su cerebro. El horror, ciertamente, permanecía.

Expresado en los términos sencillos que su temperamento buscaba instintivamente, tal vez la cuestión se redujese a esto: Su marido la amaba, y también amaba los árboles; pero primero estaban los árboles, que reclamaban partes de él que ella misma desconocía. Ella amaba a Dios y a su esposo. Él amaba los árboles y luego a ella.

Así, tras la apariencia de un compromiso débil y angustioso, el asunto en su mente alterada iba asumiendo la forma de un conflicto: Se estaba librando una guerra silenciosa y oculta, pero aún se libraba lejos. La caída de las ramas del cedro era un atisbo de un enfrentamiento distante y misterioso que cada día se aproximaba más a ambos. Ahora el viento, en vez de rugir en el Bosque allende el jardín, lo hacía más cerca, soplando en ráfagas intermitentes alrededor de sus límites.

Mientras tanto el verano iba perdiendo su vigor. Los vientos otoñales ya suspiraban a través de los bosques, las hojas adquirirían un color rojo encendido y las noches se aproximaban con acogedoras sombras antes de que apareciese el primer signo de algo auténticamente alarmante. Se presentó con una violencia contundente y categórica que indicaba una lenta maduración: nada tenía de impulsivo ni improvisado. En cierto modo parecía algo esperable, e incluso inevitable. Pues a dos semanas de su retiro vacacional en la pequeña villa de Seillans, cerca de Saint-Raphaël —algo tan regular durante los últimos diez años que ni siquiera lo discutían entre ellos—, David Bittacy se negó súbitamente a ir.



Thompson había dejado el servicio del té, preparado la lámpara de alcohol debajo de la urna, bajado las persianas de esa manera rápida y silenciosa que ella tenía y abandonado la estancia. Las lámparas aún estaban apagadas. La luz del fuego brillaba sobre los sillones de zaraza, y Boxer dormía sobre la alfombra negra de pelo de caballo. En las paredes, los marcos dorados resplandecían débilmente, las imágenes empero eran indistinguibles. La señora Bittacy había calentado la tetera y estaba en el acto de verter agua para calentar las tazas cuando su marido, levantando la vista desde su asiento al otro lado del hogar, hizo el inesperado anuncio:

—Querida —dijo él, como siguiendo un hilo de pensamiento del cual ella solo oyó esta última frase—: para mí es del todo imposible ir allí.

Y tan abrupto e incongruente le sonó aquello que, al principio, ella no lo entendió. Pensó que se refería a ir al bosque o salir al jardín. Pero su corazón, no obstante, le dio un vuelco. El tono de su voz no presagiaba nada bueno.

—Naturalmente que no, sería muy imprudente. ¿Por qué deberías...? —respondió ella, refiriéndose a la niebla que descendía sobre el jardín en las noches de otoño, pero antes aún de acabar la frase sabía que se refería a otra cosa. Y su corazón le dio un segundo y horrible vuelco.

—¡David!, ¿te refieres a ir a Francia? —jadeó ella.

—Así es, querida, me refiero a ir a Francia.

Le recordó el tono que empleaba cuando, años atrás, se despedía de ella al partir a una de esas expediciones a la selva que tanto temía. Su voz sonaba entonces tan seria, tan rotunda... Reconoció aquella misma seriedad y rotundidad. Durante un momento ni siquiera supo qué decir y se ocupó con la tetera. Había llenado una taza de agua caliente hasta rebasar el borde, y la vació lentamente en el tazón de decantación, tratando con todas sus fuerzas de que no se le notara

el temblor de la mano. La luz del fuego y la penumbra de la estancia la ayudaron. Mas, en cualquier caso, difícilmente lo habría notado su esposo: Sus pensamientos se encontraban muy lejos...